

JOHN DEWEY Y PAULO FREIRE: DOS MIRADAS A LA EDUCACIÓN PARA RETORNAR AL “HUMANISMO” Y AL PODER DE LA CONSTRUCCIÓN COLECTIVA

DOI: 10.24142/unaula.n44a8

CÉSAR AUGUSTO
BERMÚDEZ TORRES*

El seminario “Pensamientos y movimientos pedagógicos en América Latina”, brindado por la profesora Diana Paredes, en lo personal me ha permitido ampliar conocimientos sobre un aspecto que ha llamado muchísimo mi atención como historiador y como promotor de lectura: la función social del maestro o maestra; e, incluso, me permitió ampliar las reflexiones sobre el papel del formador, en su condición de referente para las comunidades en los distintos territorios. Estas son búsquedas personales que asocio totalmente con la pregunta que planteó la profesora Diana Paredes al inicio de las clases: ¿cuál sería la vigencia e importancia de las pro-

* Historiador Universidad de Antioquia. Integrante del grupo de investigación Comunicación, Periodismo y Sociedad. Profesor universitario.

puestas de John Dewey y de Paulo Freire para repensar la educación en América Latina?

Quiero empezar dando respuesta clara y con ello contar el propósito del presente texto: desde mi punto de vista, las propuestas de estos dos autores sí son vitales y tienen total vigencia para repensar la educación en América Latina, y también para repensar el rol que debemos asumir como sujetos políticos, como ciudadanos y como profesionales formadores. Uno de los fines del presente artículo es, desde el acercamiento al ejercicio educativo, plantear la relación existente entre educación, formación ciudadana y participación para la construcción de una sociedad activa.

Encuentro una gran sintonía en los dos autores principales que abordamos durante las tres jornadas académicas: John Dewey (1859-1952), pedagogo y filósofo estadounidense; y Paulo Freire (1921-1997), pedagogo, educador y filósofo brasileño. Considero que ambos coinciden en destacar el rol activo de la educación y la necesidad de buscar el sentido y la intención a lo que hacemos como individuos y como sociedad.

En cuanto al asunto formativo, también las clases me permitieron ahondar en el componente político, entendiéndolo como esa injerencia permanente que tenemos como individuos para decidir y participar en la construcción de la sociedad: “[...] la educación siempre ha tenido y tiene incidencia en la consolidación y desarrollo de todo régimen político. En concreto, la enseñanza democrática, en libertad y para la libertad, es condición imprescindible para que se consolide el régimen democrático” (Guichot, 1998, p. 35).

A propósito de la relación existente entre educación y política, Virginia Guichot hace la siguiente ampliación: “la democracia no debe ser entendida sólo como una forma política, sino que implica, además, un estilo de vida, una manera de concebir la existencia que supone unos

comportamientos, unas actitudes, que se constituyen a partir de un sistema de valores, en definitiva, de una convicción moral que les da significado. Sin este soporte ético, no existe una democracia real” (Guichot, 1998, pp. 35-36).

Asimismo, los contenidos desarrollados me centraron temáticamente y me ampliaron las perspectivas que tenía sobre la educación y la formación. Considero que, en muchos lugares de nuestro país y de América Latina, existe un descrédito del rol que cumple el maestro; en ocasiones pareciera existir un rechazo por la sociedad a cualquier proceso formativo, sea este formal o informal; y en muchos momentos se evidencia una ausencia de respeto por la formación y por el rol que ejercen maestros y maestras desde distintos espacios formativos, en la Escuela, en la Universidad, y desde los procesos de formación externos al currículo “tradicional” (entendido “tradicional” como aquel currículo que no se revisa, ni se retroalimenta a la luz de las búsquedas del presente en el hecho educativo). De manera que, las clases, las lecturas previas y las discusiones desarrolladas en el transcurso del Seminario, posibilitaron un intercambio académico abierto, activo y motivante, que contribuyó a reivindicar el rol formativo y político del maestro en la sociedad latinoamericana.

La educación debería ser asumida como una experiencia de vida: se vive y se aprende a la vez. Quiero resaltar la visibilización de la urgencia de que el maestro/maestra propicie una formación general, que incluso plantee una revisión ética a nuestras prácticas, la cual siempre debería brindarse desde la Escuela, y por la que siempre debería reclamar la sociedad. Al respecto, quiero citar nuevamente a Virginia Guichot cuando señala: “hay que partir de la base de que el ser humano nace con una serie de instintos, de impulsos, que vienen dados por su propia constitución genética, aspectos tales que podemos reunir bajo el epígrafe de

‘lo innato’. Sobre este caldo de cultivo, se van a ir forjando los hábitos, es decir, ‘lo adquirido’” (Guichot, 1998, p. 36).

Por ello, se pueden percibir los procesos educativos como una oportunidad para cualificarnos, para encontrar más herramientas con el fin de fortalecer lo que somos como individuos y como sociedad; al respecto, es importante resaltar la concepción deweyana de progreso, la cual supone una complejidad y extensión del significado, donde alude a una continua reconstrucción desde cada experiencia vivida por los individuos:

“Será así como entienda el proceso educativo, el cual debe capacitar al sujeto para seguir educándose, hacerlo más sensible y más hábil para aprovechar todas las condiciones, todos los factores que le permiten crecer como persona. La felicidad, para Dewey, es un avanzar, un ir adelantando, es un triunfar que es estar triunfando, lo que sólo se consigue con el poder de dominar los obstáculos, de eliminar las fuentes de lo defectuoso. La finalidad del vivir no es la perfección, sino el proceso siempre en marcha del perfeccionamiento, del caminar hacia la madurez: el fin deja de ser un término o límite que hay que alcanzar: se convierte en el proceso activo de transformación de la situación existente” (Guichot, 1998, p. 44).

En este sentido, la educación es un camino permanente a la humanización, como lo ha expresado el profesor colombiano Francisco Cajiao Restrepo. El hecho educativo se constituye en una oportunidad para la formación humanística. Esto también refuerza la reflexión sobre el concepto de “formación”, una reflexión que me ha atravesado durante el desarrollo de la formación en la maestría en Educación y Derechos Humanos; lo anterior es la oportunidad de detallar el poder transformador de los sujetos y de las comunidades a partir del ejercicio docente.

La educación es una práctica social que ha estado presente en el devenir de la sociedad, a través de la cual el ser humano se forma y se puede transformar. Quiero dejar dos planteamientos articulados con esta

reflexión académica, asuntos que considero son vitales cuando hablamos de educación y sociedad:

- Asumir la educación como la posibilidad de sacar de cada ser lo mejor. Desde esta mirada, la educación implica un ejercicio de enseñanza permanente. Se asume la enseñanza como la oportunidad de encuentro con el otro, con la otra
- Y entender la educación como la posibilidad de activar y potenciar lo que la persona puede dar de sí. Lo anterior requiere una formación que permita una cercanía desde los valores, donde lo ético tenga un papel preponderante; y que se le pueda retornar el carácter moral al acto educativo

Desde estas líneas de reflexión, el humanismo –la pregunta por lo que constituye al ser humano, por el bienestar– es transversal a todos los procesos educativos. Al respecto, el seminario me hizo evocar un documento del profesor Francisco Cajiao Restrepo, titulado “Qué significa leer y escribir”, donde hace una invitación al conjunto de la sociedad a que asuma su tarea humanista: es la sociedad en su conjunto la que “tiene en sus manos la responsabilidad de ayudar a que todos los miembros de la comunidad puedan acceder a las formas de expresión más variadas posibles, tanto para comprender lo que los rodea como para consignar sus propias creaciones” (Cajiao, 2014).

Se debe anotar que John Dewey “apuesta por lo que él denomina ‘mejorismo’, que consiste en la creencia, en la posibilidad de optimización, de mejoramiento [...] de la situación dada. Esta doctrina estimulará a la inteligencia a que encuentre los medios positivos de realizar el bien y eliminar o reducir los obstáculos que impiden esa mejora de las condiciones” (Guichot, 1998, p. 45). En palabras de la académica Virginia Guichot (1998):

“Dewey rechaza tanto el optimismo como el pesimismo porque los considera doctrinas paralizadoras. Respecto al primero, dirá que hace a quienes lo poseen ciegos e insensibles a los sufrimientos de los menos afortunados, o los inclina a atribuir las dificultades de los demás a sus malas condiciones personales. En cuanto al segundo, al proclamar que el mundo es totalmente malo, hace vanos los esfuerzos por descubrir las causas remediabiles de los males concretos, y, de esta forma, destruye en su raíz toda tentativa de mejorar el mundo y buscar una mayor felicidad” (p. 45).

Hablar de educación, por tanto, yo asumo –desde mi experiencia laboral y académica– que es también hablar de ciudadanía. Ese vínculo me llevó a releer fragmentos de un libro que recoge varios ensayos y textos del pedagogo Paulo Freire: *Pedagogía de la tolerancia* (una edición que tengo del año 2016 en portugués, con notas de Ana María Araújo Freire), y de la que me atrevo a traducir las siguientes líneas para aludir a la necesidad de acercarnos al reconocimiento de lo distinto, que nos remite, por supuesto, a asuntos de construcción de ciudadanía. Entonces, nada mejor que hacerlo desde las palabras expresadas por Paulo Freire: “[...] hablo de la tolerancia como virtud de la convivencia humana. Hablo, por eso mismo, de la cualidad básica a ser forjada por nosotros y aprendida por la asunción de su significación ética –la cualidad de convivir con lo diferente. Con lo diferente, no con lo inferior” (Freire, 2016, pp. 25-26). Bien interesante la aclaración con la que se concluye este fragmento, una invitación a respetar las distintas formas de ser; algo que más adelante el mismo Freire amplía en el libro anteriormente mencionado:

“[...] Lo que la tolerancia auténtica demanda de mí es que respete lo diferente, sus sueños, sus ideas, sus opciones, sus gustos, que no

lo niegue sólo porque es diferente. Lo que la tolerancia legítima termina por enseñarme es que, en la experiencia, aprendo con lo diferente” (Freire, 2016, p. 26).

Por tanto, uno de los retos es trabajar en ¿cómo lograr que la educación trascienda las “cuatro paredes”, que la educación habite la vida cotidiana? (En otras palabras, ¿cómo lograr que la educación trascienda la noción de obligatoriedad de la Escuela...? Que asumamos los procesos formativos como un reto que todos tenemos, independiente de los títulos académicos, y que disfrutemos de dichos procesos formativos). Lo anterior, reafirmando que la Escuela, como espacio de socialización, es un referente para la sociedad. En cuanto al rol formador, y al acompañamiento que realiza el docente como aporte a la construcción de sociedad, el docente debería destacar al niño (o al estudiante): es él quien descubre el talento del estudiante y el que debe hacer que los demás lo aprecien.

Las reflexiones del seminario nos dejan pensando mucho en el rol de las instituciones educativas. La Escuela debe seguir siendo entendida como uno de esos primeros espacios para construir con el otro, para reconocer al otro; en ella, uno de los grandes retos es que se reconozca la diversidad: es justamente desde la valoración del otro y la conversación para encontrar similitudes o diferencias, que se logra construir ciudadanía.

Indiscutiblemente, uno de los retos es conversar, conversar entre todos: la Escuela se constituye en la primera institución social en la cual se es ciudadano/ciudadana, donde reconocemos una vida en comunidad, por supuesto, teniendo presente la diversidad de contextos, circunstancias o situaciones particulares que se presentan en niños y jóvenes.

La Escuela debería continuar siendo un espacio de socialización, donde se generan procesos de humanización, procesos que puedan ser entendidos como caminos a la formación humanista que tenga repercusión en toda la sociedad. Necesitamos conversar desde la Escuela, y conversar desde los distintos ámbitos comunitarios.

Dadas las realidades del sistema educativo colombiano y latinoamericano, sumado a que en ocasiones muchos factores toman más fuerza que el mismo propósito formador del maestro/maestra, es importante preguntarnos: ¿cómo mantener vigente el rol activo del maestro/maestra en la sociedad? ¿Cómo lograr que el maestro o maestra siempre tenga presente la responsabilidad social que asume al formar parte del proceso educativo que consiste en orientar y acompañar el encuentro con las experiencias y saberes que han sido acumulados por la misma humanidad durante siglos?

Una de las posibles respuestas que me atrevo a plantear en la presente reflexión académica es que el papel del formador continuará siendo vital para el proceso educativo. Entre los retos que tienen el docente o el formador se encuentra el ser consciente del rol social y político que adquiere desde su ejercicio profesional. Asimismo, es urgente considerar la importancia del diálogo para construir ciudadanía desde la cotidianidad, el respeto y el reconocimiento de la diferencia.

Educación, política y formación ciudadana

Decía Paulo Freire, “[...] me sentía firme en la comprensión que crecía en mí de que las personas no somos, de que las personas estamos siendo” (Freire, 1996, pp. 88-98). En el contexto latinoamericano, con los planteamientos de Paulo Freire se logró hacer frente a algunas condiciones y obstáculos que existen para la participación efectiva de las personas como sujetos políticos en la toma de decisiones trascendentales para la construcción de alternativas que mejoren las posibilidades y condiciones de vida en dignidad para muchas poblaciones en condición de opresión (Muñoz & Villa, 2017, p. 277).

En el siglo XX y lo que va del XXI, es una búsqueda permanente poder incidir en la transformación de la sociedad desde unas prácticas

relacionales de resistencia y emancipación. Desde esta perspectiva, el pedagogo Paulo Freire es un heredero del ideario educativo y pedagógico de José Martí, quien proponía, a partir de la labor político-pedagógica, una relectura de América Latina por ella misma (Muñoz & Villa, 2017, p. 277).

Como lo expresaba Freire, el carácter político de la educación y su tarea en la formación de sujetos y en la construcción de sociedades latinoamericanas justas y dignas es permanente: “necesitamos una educación para la decisión, para la responsabilidad social y política” (Freire, 2001, p. 42, citado en Muñoz & Villa, 2017, p. 278).

El pedagogo brasileño señalaba que los cambios que requiere el mundo son un quehacer educativo en sí mismos: “[...] este formador latinoamericano [Paulo Freire] inicia su experiencia de lucha desde la educación, en las regiones periféricas brasileras en procesos de alfabetización con el campesinado que quiso hacer suya la reforma agraria, iniciativa concientizadora que logra en 1963 una base sólida de trabajadores rurales con vocación de recuperar su propio poder” (Muñoz & Villa, 2017, p. 278).

Desde allí sus propuestas formativas y de concientización desarrolladas se convirtieron en caminos para pensar las transformaciones posibles sobre la realidad política de injusticia y opresión que atravesaron inmensas masas populares rurales y urbanas del gigante y periférico Brasil –y de distintos lugares de América Latina–, acciones formativas que en el presente no pierden vigencia (Muñoz & Villa, 2017, p. 278).

En 1964 se llevaron a cabo de manera significativa sus teorías sobre la alfabetización política en el contexto brasileño (Muñoz & Villa, 2017, p. 278). En palabras del educador brasileño, el sueño de la humanización, cuya concreción es siempre proceso, siempre devenir, pasa por la ruptura de las amarras reales, concretas, en cuanto al orden económico,

político, social, ideológico, entre otras, que nos están condenando a la deshumanización (Freire, 2002, p. 87).

En Brasil se pretendió enfrentar ese contexto de deshumanización a partir de procesos formativos que recuperaran la acción de los sujetos para la transformación. De manera que, Freire desde su trabajo y reflexión, se ocupó del pensamiento pedagógico para activar la capacidad de fomentar e interpretar ideas de cambio y transformación social. Su perspectiva se inscribió en la corriente crítica que le otorga un papel político a la educación en la construcción y en el fortalecimiento de lo social como parte constitutiva de los cambios coyunturales.

Consideraciones finales

La democracia no puede ser entendida únicamente como una forma de gobierno: para ser real, para ser auténtica, la democracia debe significar un estilo de vida, debe afectar todos los modos de relación humana: “la democracia aparece como principio educativo: la escuela –junto con la familia– es un lugar esencial en la formación de las actitudes y valores democráticos” (Guichot, 1998, p. 50). En mi opinión, la propuesta de John Dewey brinda muchas luces sobre cómo orientar y resignificar los procesos de formación ciudadana:

“La educación cívico-moral no puede hacerse mediante lecciones, reglas aprendidas o simple enunciado de principios: se puede conocer, por ejemplo, el funcionamiento de las instituciones y ser un ciudadano deplorable. Lo necesario es desarrollar la práctica social. La educación ha de contribuir a la transmisión, comprensión y reflexión sobre las normas legales que regulan la vida en convivencia, pero, sobre todo, también debe encargarse de la apropiación por los ciudadanos de las normas éticas, con la interiorización y aceptación personal de los fundamentos de la conducta moral, basada siempre en la autodeterminación” (Guichot, 1998, p. 51).

Como lo expresa Virginia Guichot (1998), “la educación moral es la base más segura para garantizar una auténtica vida democrática” (p. 55). Vale aclarar que la democracia no es sólo un concepto meramente político, sino moral, el cual requiere una instancia ética. Por ello, la educación en valores y en actitudes que plantea la teoría moral de Dewey toma relevancia.

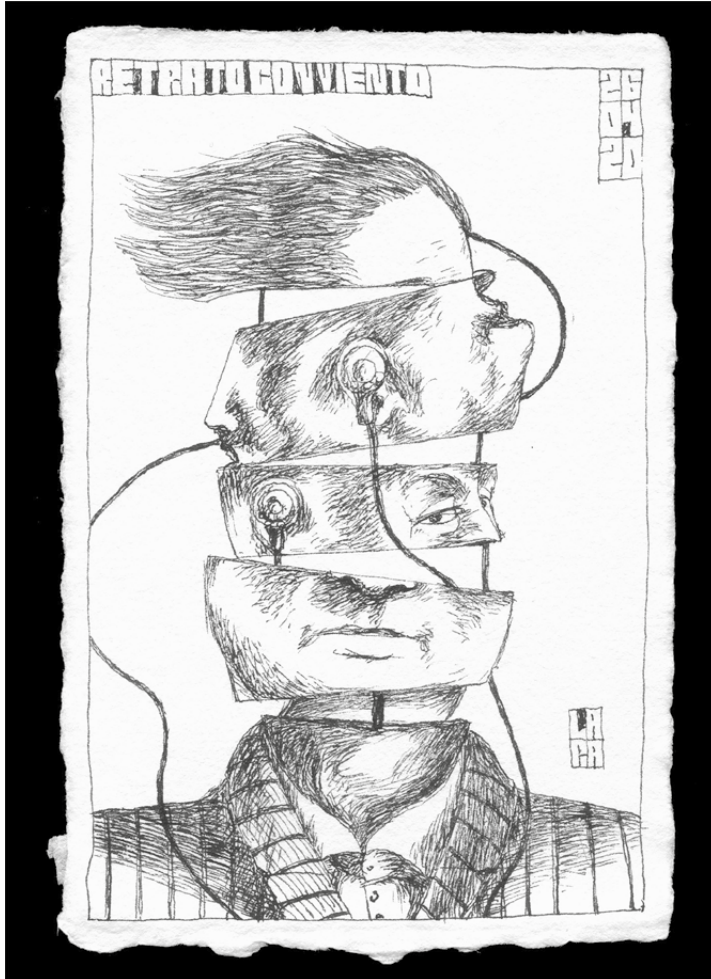
Es importante aclarar que las condiciones que se deben brindar en la Escuela para fomentar el logro en los “discentes” del pensamiento crítico, reflexivo, y de las actitudes básicas para que la democracia sea un auténtico estilo de vida, deben también procurarse en el profesor, en el educador. Al respecto, Virginia Guichot –acudiendo al pensamiento de John Dewey– señala que “el docente tiene que gozar en su propio trabajo de autonomía, libertad, responsabilidad, participar en la política escolar”, con el propósito de transmitir a los estudiantes ese modo de vida (Guichot, 1998, p. 52).

Educar es enseñar a vivir, es formar individuos que sean sujetos responsables: “nuestra mejor garantía de democracia es contar con unos individuos educados en los valores que conlleva unos ciudadanos que estén formados en una cultura participativa, que conciban el diálogo como la estrategia más adecuada para solucionar los conflictos, que sean conscientes del respeto y tolerancia que todos nos debemos (Guichot, 1998, p. 54).

Vivimos en una época en la que pareciera desconocerse que educar es un proceso “lento” y “difícil”, en una sociedad (colombiana y latinoamericana) que infortunadamente desconoce en muchas ocasiones el valor de la lentitud y del esfuerzo, desconoce el valor de los procesos. Debemos insistir en que entender la educación como formación requiere de tiempo y también requiere de un pensamiento integral y humanístico.

Referencias bibliográficas

- Cajiao Restrepo, Francisco. (2014, junio 10). "Qué significa leer y escribir". En línea: <https://latintainvisible.wordpress.com/2014/06/10/que-significa-leer-y-escribir/> (consultado el 22 de noviembre de 2022).
- Freire, Paulo. (1996). *Política y educación*. México: Siglo XXI Editores.
- Freire, Paulo. (2001). *Pedagogía de la indignación*. Madrid: Editorial Morata.
- Freire, Paulo. (2002). *Pedagogía de la esperanza*. México: Siglo XXI Editores.
- Freire, Paulo. (2016). *Pedagogia da tolerância*. 5.º edición. Editora Paz e Terra. [Organización, presentación y notas de Ana María Araújo Freire].
- Guichot, Virginia. (1998). "La democracia como modo de vida: ¿la última cruzada del siglo XX? Reflexiones a partir de la teoría moral de John Dewey (1859-1952)", *Cuestiones Pedagógicas: revista de ciencias de la educación*, 14, 35-56.
- Muñoz, Diego & Villa, Edison. (2017). "Paulo Freire en la educación popular latinoamericana: el por qué y para qué de estarse formando como pueblo político", *Kavilando*, 9 (1), 276-286.



Saúl Álvarez Lara / Retrato Aislado / Tinta y pluma sobre papel / 10 x 15 cms. / 2020

El hombre parece incómodo, el viento o algún movimiento inesperado hace volar su peinado y es posible que si no se resguarda vuelen también sus audífonos.

